



# La Santa Sede

---

JUAN PABLO II

## **AUDIENCIA GENERAL**

*Plaza de San Pedro*

*Miércoles 2 de abril de 1980*

### **Los problemas del matrimonio a la luz de la visión integral del hombre**

Nuestro encuentro de hoy tiene lugar en el corazón de la Semana Santa, en la víspera inmediata de ese “Triduo pascual”, en el que culmina y se llena de luz todo el año litúrgico. Vamos a revivir los días decisivos y solemnes, en los que se realiza la obra de la redención humana: en ellos Cristo, muriendo, destruyó la muerte y, resucitando, nos dio de nuevo la vida.

Es necesario que cada uno se sienta personalmente implicado en el misterio que la liturgia, también este año, renueva para nosotros. Por tanto, os exhorto cordialmente a participar con fe en las funciones sagradas de los próximos días y a comprometeros en la voluntad de morir al pecado y de resucitar cada vez más plenamente a la nueva vida, que Cristo nos ha traído.

Reanudemos ahora el desarrollo del tema que nos ocupa ya desde hace algún tiempo.

1. El Evangelio según Mateo y según Marcos nos refiere la respuesta que Cristo dio a los fariseos cuando le preguntaron acerca de la indisolubilidad del matrimonio, remitiéndose a la ley de Moisés que admitía, en ciertos casos, la práctica del llamado libelo de repudio. Recordándoles los primeros capítulos del libro del *Génesis*, Cristo respondió: “¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo varón y mujer? Y dijo: Por esto dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a la mujer y serán los dos una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre”. Luego, refiriéndose a su pregunta sobre la ley de Moisés. Cristo añadió: “Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fue así” (*Mt 19, 3 ss.; Mc 12, 2 ss.*). En su respuesta Cristo se remitió dos veces al “principio” y, por esto, también nosotros, en el curso de nuestros análisis, hemos

tratado de esclarecer del modo más profundo posible el significado de este “principio”, que es la primera herencia de cada uno de los seres humanos en el mundo, varón y mujer, el primer testimonio de la identidad humana según la palabra revelada, la primera fuente de la certeza de su vocación como persona creada a imagen de Dios mismo.

2. La respuesta de Cristo tiene un significado histórico, pero no sólo histórico. Los hombres de todos los tiempos plantean la pregunta sobre el mismo tema. También lo hacen nuestros contemporáneos los cuales, sin embargo, en sus preguntas no se remiten a la ley de Moisés, que admitía el libelo de repudio, sino a otras circunstancias y a otras leyes. Estas preguntas tuyas están cargadas de problemas, desconocidos a los interlocutores contemporáneos de Cristo. Sabemos qué preguntas concernientes al matrimonio y a la familia han hecho al último Concilio, al Papa Pablo VI, y se formulan continuamente en el período post conciliar, día tras día, en las más diversas circunstancias. Las hacen muchas personas, esposos, novios, jóvenes, pero también escritores, publicistas, políticos, economistas, demógrafos, en una palabra, la cultura y la civilización contemporánea.

Pienso que entre las respuestas que Cristo daría a los hombres de nuestro tiempo y a sus preguntas, frecuentemente tan impacientes, *todavía sería fundamental* la que dio a los fariseos. Al contestar a sus preguntas, Cristo *se remitiría ante todo al “principio”*. Lo haría quizá de modo tanto más decisivo y esencial, cuanto que la situación interior y a la vez cultural del hombre de hoy parece alejarse de ese “principio” y asumir formas y dimensiones que divergen de la imagen bíblica del “principio” en puntos evidentemente cada vez más distantes.

Sin embargo, Cristo no quedaría “sorprendido” por ninguna de estas situaciones, y supongo que continuaría haciendo referencia sobre todo al “principio”.

3. Por esto la respuesta de Cristo exigía un análisis particularmente profundo. En efecto, esa respuesta evoca verdades fundamentales y elementales sobre el ser humano, como varón y mujer. Es la respuesta a través de la cual entrevemos la estructura misma de la identidad humana en las dimensiones del misterio de la creación y, al mismo tiempo en la perspectiva del misterio de la redención. Sin esto, no hay modo de construir una antropología teológica y, en su contexto, una “teología del cuerpo”, de la que traiga origen también la visión plenamente cristiana del matrimonio y de la familia. Lo puso de relieve Pablo VI cuando en su Encíclica dedicada a los problemas del matrimonio y de la procreación, en su significado humano y cristianamente responsable, hizo referencia a la “visión integral del hombre” (*Humanae vitae*, 7). Se puede decir que, en la respuesta a los fariseos. Cristo presentó a los interlocutores también esta “visión integral del hombre”, sin la cual no se puede dar respuesta alguna adecuada a las preguntas relacionadas con el matrimonio y la procreación. Precisamente esta visión integral del hombre debe ser construida según el “principio”.

Esto es igualmente válido para la mentalidad contemporánea, tal como lo era, aún cuando de

modo diverso, para los interlocutores de Cristo. Efectivamente, somos hijos de una época en la que, por el desarrollo de varias disciplinas, esta visión integral del hombre puede ser fácilmente rechazada y sustituida por múltiples *concepciones parciales* que, deteniéndose sobre uno u otro aspecto del *compositum humanum*, no alcanzan al *integrum* del hombre, o lo dejan fuera del propio campo visivo. Se insertan luego diversas tendencias culturales que —según estas verdades parciales— formulan sus propuestas e indicaciones prácticas sobre el comportamiento humano y, aún más frecuentemente, sobre cómo *comportarse con el “hombre”*. El hombre se convierte, pues, más en un objeto de determinadas técnicas, que en el sujeto responsable de la propia acción. La respuesta que Cristo dio a los fariseos exige también que el hombre, varón y mujer, sea este sujeto, es decir, un sujeto que decida sobre sus propias acciones a la luz de la verdad integral sobre sí mismo, en cuanto verdad originaria, o sea, fundamento de las experiencias auténticamente humanas. Esta es la verdad que Cristo nos hace buscar en el “principio”. Por eso nos dirigimos a los primeros capítulos del *Génesis*.

4. El estudio de estos capítulos, acaso más que de otros, nos hace conscientes del significado y de la necesidad de la “teología del cuerpo”. El “principio” nos dice relativamente poco sobre el cuerpo humano, en el sentido naturalista y contemporáneo de la palabra. Desde este punto de vista, en el estudio presente, nos encontramos a un nivel del todo precientífico. No sabemos casi nada sobre las estructuras interiores y sobre las regulaciones que reinan en el organismo humano. Sin embargo, al mismo tiempo —quizá a causa de la antigüedad del texto—, la verdad importante para la visión integral del hombre se revela de modo más sencillo y pleno. Esta verdad *se refiere al significado del cuerpo humano en la estructura del sujeto personal*. Sucesivamente, la reflexión sobre esos textos arcaicos nos permite extender este significado a toda la esfera de la intersubjetividad humana, especialmente en la perenne relación varón-mujer. Gracias a esto, adquirimos, según esta relación, una óptica que debemos poner necesariamente en la base de toda la ciencia contemporánea acerca de la sexualidad humana, en sentido bio-fisiológico. Esto no quiere decir que debemos renunciar a esta ciencia o privarnos de sus resultados. Al contrario: si éstos deben servir para enseñarnos algo sobre la educación del hombre, en su masculinidad y feminidad, y acerca de la esfera del matrimonio y de la procreación, es necesario —a través de todos y cada uno de los elementos de la ciencia contemporánea— llegar siempre a lo que es fundamental y esencialmente personal, tanto en cada individuo, varón o mujer, cuanto en sus relaciones recíprocas.

Y precisamente en este punto es donde la reflexión sobre el texto arcaico del *Génesis* se manifiesta insustituible. Constituye realmente el “principio” de la teología del cuerpo. El hecho de que *la teología comprenda también al cuerpo* no debe maravillar ni sorprender a nadie que sea consciente del misterio y de la realidad de la Encarnación. Por el hecho de que el Verbo de Dios se ha hecho carne, el cuerpo ha entrado, diría, por la puerta principal en la teología, esto es, en la ciencia que tiene como objeto la divinidad. La Encarnación —y la redención que brota de ella— se ha convertido también en la fuente definitiva de la sacramentalidad del matrimonio, del que trataremos más ampliamente a su debido tiempo.

5. Las preguntas que se plantean al hombre contemporáneo son también preguntas de los cristianos: de aquellos que se preparan para el sacramento del matrimonio o de aquellos que ya viven en el matrimonio, que es el sacramento de la Iglesia. Estas no son sólo las preguntas de las ciencias, sino, y aún más, las preguntas de la vida humana. Muchos hombres y muchos cristianos buscan en el matrimonio la realización de su vocación. Muchos quieren encontrar en él el camino de la *salvación* y de la *santidad*.

Para ellos es particularmente importante la respuesta que Cristo dio a los fariseos, celadores del Antiguo Testamento. Los que buscan la realización de la propia vocación humana y cristiana en el matrimonio, ante todo están llamados a hacer de esta “teología del cuerpo”, cuyo “principio” encuentran en los primeros capítulos del *Génesis*, el contenido de su vida y de su comportamiento. Efectivamente, ¡cuán indispensable es, en el camino de esta vocación, la conciencia profunda del significado del cuerpo, en su masculinidad y feminidad!, ¡cuán necesaria es una conciencia precisa del significado esponsalicio del cuerpo, de su significado generador, dado que todo esto, que forma el contenido de la vida de los esposos, debe encontrar constantemente su dimensión plena y personal en la convivencia, en el comportamiento, en los sentimientos! Y esto, tanto más en el trasfondo de una civilización, que está bajo la presión de un modo de pensar y valorar materialista y utilitario. La bio-fisiología contemporánea puede suministrar muchas informaciones precisas sobre la sexualidad humana. Sin embargo, el conocimiento de la dignidad personal del cuerpo humano y del sexo se saca también de otras fuentes. Una fuente particular es la Palabra de Dios mismo, que contiene la revelación del cuerpo, esa que se remonta al “principio”.

¡Qué significativo es que Cristo, en la respuesta a todas estas preguntas, mande al hombre volver, en cierto modo, al umbral de su historia teológica! Le ordena ponerse en el límite entre la inocencia-felicidad originaria y la herencia de la primera caída. ¿Acaso no le quiere decir, de este modo, que el camino por el que Él conduce al hombre, varón-mujer, en el sacramento del matrimonio, esto es, el camino de la “redención del cuerpo”, debe consistir en *recuperar esta dignidad* en la que se realiza simultáneamente el auténtico significado del cuerpo humano, su significado personal y “de comunión”?

6. Por ahora, terminamos la primera parte de nuestras meditaciones dedicadas a este tema tan importante. Para dar una respuesta más exhaustiva a nuestras preguntas, tal vez apremiantes, sobre el matrimonio —o todavía más exactamente: sobre el significado del cuerpo—, no podemos detenernos solamente en lo que Cristo respondió a los fariseos, haciendo referencia al “principio” (cf. *Mt* 19, 3 ss.: *Mc* 10, 2 ss.). También debemos tomar en consideración todas las demás enunciaciones, entre las cuales destacan especialmente dos, de carácter particularmente sintético: *la primera*, la del sermón de la montaña, a propósito de las posibilidades del corazón humano respecto a la concupiscencia del cuerpo (cf. *Mt* 5, 8), y *la segunda*, aquella en que Jesús se refiere a la resurrección futura (cf. *Mt* 22, 24-30; *Mc* 12, 18-27; *Lc* 20, 27-36).

Estas dos enunciaciones serán objeto de nuestras sucesivas reflexiones.

---

## Saludos

*(A los jóvenes procedentes de Austria)*

Dirijo un saludo especialmente cordial a los numerosos jóvenes de Austria y, al mismo tiempo, a través de la televisión austríaca, saludo también a todos los jóvenes católicos de vuestro país. El más hondo afecto del Papa y su gran esperanza se centra siempre en vosotros y en todos los jóvenes del mundo. La humanidad del mañana será más justa, más pacífica y sobre todo más humana y cristiana sólo en la medida en que vosotros os esforcéis ya hoy por ser así y continuar sin interrupción por este camino.

Como jóvenes católicos, sed portadores de un mensaje de alegría, de la que tanto necesitan los hombres de la sociedad actual, una sociedad llena de extraordinarias posibilidades, pero también de pavorosos peligros. Para vosotros vale hoy el mandato de Cristo de ser sal de la tierra en vuestro ambiente, de contraponeros a la degradación social y moral, de dar testimonio de Cristo resucitado, principio y fin de toda la historia, que es el mismo hoy, mañana y siempre.

Os pido, mis jóvenes amigos, que seáis cada vez más conscientes de vuestra vocación y de vuestra tarea en el mundo de hoy, y que respondáis a ella generosamente con palabras y obras, tal y como corresponde a la juventud. ¡Sed jóvenes católicos de verdad. Sed cristianos dignos de tal nombre! Este es mi deseo y esto es lo que con mi especial bendición apostólica os pido a todos, a los que estáis aquí presentes y a los que percibís mi voz desde vuestro país.

*(En francés)*

Sin poder expresar un saludo especial a todos los grupos de lengua francesa, lo hago, entre los jóvenes, a los estudiantes belgas de retórica de los Institutos católicos de las provincias de Amberes y de Limburgo. Vuestra cultura, queridos amigos, os permite comprender mejor Roma y su historia, y también los testimonios de la vitalidad de la Iglesia. A través de la Iglesia vosotros podéis descubrir mejor la verdad del Cristo, la certeza de su amor, la liberación interior que trae, su poder de renovación. A todos, mi afectuosa bendición apostólica.

*(A una peregrinación de Croacia)*

Veo aquí a un grupo de peregrinos de Croacia. Bienvenidos aquí, junto al Padre común. Os saludo a todos y os deseo unas felices fiestas pascales.

*(A los peregrinos japoneses)*

A los peregrinos procedentes de Japón deseo dar una acogida calurosa. Invoco sobre vosotros el favor de Cristo que venció la muerte por su muerte. Que Dios os guíe en vuestro camino y os prepare a las alegrías eternas.

*(En italiano)*

Dirijo ahora un cordial saludo junto con una paterna exhortación a los varios grupos que están presentes en esta audiencia. Sé que son particularmente numerosos los pertenecientes a institutos escolásticos. Me limito a mencionar el más numeroso: los estudiantes del Liceo-Gimnasio estatal de Viterbo.

Queridísimos jóvenes: La liturgia de este período nos hace vivir de modo totalmente particular en unión con Cristo paciente, que se ofrece a nosotros en la última Cena y se inmola en el Calvario, para resucitar en la alegría de la Pascua. Tal contemplación, seria y devota, os ayude a ser de los "resucitados" con Cristo resucitado y os estimule a caminar siempre "en vida nueva", es decir, a progresar en el camino de la fe, de la esperanza y del amor cristiano.

Es cuanto os deseo de corazón. Con mi bendición apostólica.

Las breves palabras para los enfermos presentes, que son la parte más escogida de esta asamblea, no pueden no estar sugeridas por el Viernes Santo, ya próximo, día único por el recuerdo de la muerte de Cristo, Hijo de Dios. El adorable Salvador, clavado en la cruz, inmolado en el abandono y en el dolor por la salvación del mundo, nos demuestra más que cualquier argumento qué precioso es el sufrimiento a los ojos de Dios. De él, aceptado de las manos de la Providencia, brota siempre una inmensa riqueza espiritual. Así el dolor se hace gozo, consuelo, redención. A cuantos provienen de Cáorle, en la diócesis de Venecia, y a todos los otros enfermos concedo de corazón mi bendición.

La contemplación del Crucifijo, alzado entre el cielo y la tierra el Viernes Santo, tiene algo que decir también a vosotros, recién casados, que un profundo amor ha unido para la vida y para la muerte. El esposo, según el Apóstol Pablo (*Ef 5, 25*) representa a Cristo; la esposa, a la Iglesia. Y como Cristo murió para hacer pura e inmaculada a su esposa, así el esposo debe estar dispuesto también a la muerte, por aquella que ama. Y la esposa, como la Iglesia, debe dar todo, afecto y asistencia, en una actitud perenne de amor hacia el esposo.

Que Dios os lo conceda.

**Súplica por El Salvador**

También hoy nuestros pensamientos, llenos de viva solicitud, continúan dirigiéndose hacia El Salvador.

La muerte del arzobispo Romero, que fue bárbaramente muerto por mano asesina, mientras celebraba el Santo Sacrificio, tiene una elocuencia particular. La Iglesia suplica, inclinada en oración, junto a los restos mortales del llorado Pastor, que Dios acepte el sacrificio de su vida, que se ha unido de modo tan particular al Sacrificio de Cristo.

Respeten todos en este acontecimiento doloroso el testimonio particular del Evangelio, que mons. Romero se empeñó en dar durante toda su vida de Pastor, buscando a Cristo especialmente en aquellos a quienes El está más cercano. Así también el arzobispo de San Salvador ha unido su vida con el servicio a los más pobres y a los más marginados.

Después de la noticia, de los nuevos trágicos acontecimientos, que han tenido lugar durante los funerales del arzobispo Romero (acontecimientos que han causado numerosas víctimas entre las personas que asistían al rito), nos dirigimos otra vez a Dios con humilde súplica, para que el sacrificio del Pastor obtenga la justa paz a su patria. Vuelva a la recta razón cualquiera que crea perseguir los propios fines mediante la matanza de seres humanos.

La muerte de mons. Romero traiga un sigilo de paz y de reconciliación, una especie de catarsis espiritual que disipe el odio, la violencia, las tensiones entre los conciudadanos.

A toda la comunidad de San Salvador envío, en el curso de estos santos días que nos acercan a la Pascua, la expresión de mi particular participación y de mi solicitud en Cristo crucificado y resucitado.

Copyright © Libreria Editrice Vaticana

---

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana